

A propósito de “Las palabras de la guerra”: los comienzos conflictivos de la construcción del Estado nación y las guerras civiles de la primera mitad del siglo XIX*

González, Fernán E.. A propósito de 'Las palabras de la guerra': los comienzos conflictivos de la construcción del Estado nación y las guerras civiles de la primera mitad del siglo XIX. En publicación: Estudios Políticos No. 25. IEP, Instituto de Estudios Políticos, Universidad Antioquia, Medellín, Colombia: Colombia. julio-diciembre. 2004. Acceso al texto completo: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/colombia/iep/25/2%20Fernan.pdf>

Fernán E. González

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la red CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca> - biblioteca@clacso.edu.ar

Introducción: las preguntas iniciales

Los trabajos recientes sobre las guerras civiles representan un paso importante en la recuperación de la historia política.¹ Tanto en otras latitudes como en Colombia, el tema no ha recibido mucha atención del mundo académico, pues la mayoría de

* Este texto pretende establecer una relación directa con la investigación de María Teresa Uribe de Hincapié y Liliana López. *Las palabras de la guerra. Las guerras narradas del siglo XIX*. Medellín, Instituto de Estudios Políticos, 2003 (en imprenta). Las reflexiones que se presentan se basan en el seminario del grupo “Democracia, Nación y Guerra”, liderado por Gonzalo Sánchez, y en los resultados de la investigación sobre los discursos de las guerras civiles; igualmente, en las investigaciones de Luis Javier Ortiz, de la Universidad Nacional, sobre la guerra civil de 1876, y en los trabajos de María Elena Saldarriaga y Gustavo Bell Lemus sobre la guerra de los Supremos en Antioquia y la Costa Atlántica. Una versión inicial fue presentada en el Seminario Internacional “Nación, ciudadano y soberano”, realizado por el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia en octubre de 2004.

1 Aparte del libro de Álvaro Tirado Mejía sobre los aspectos sociales de las guerras civiles, y de los estudios más recientes sobre la Guerra de los Mil Días, el tema había sido el terreno privilegiado de la llamada historiografía tradicional. Véase: Álvaro Tirado Mejía. *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, Biblioteca Básica Colombiana, 1976; Carlos Eduardo Jaramillo. *Los guerrilleros del novecientos*. Bogotá, CEREC, 1991; Charles Bergquist. *Café y conflicto en Colombia, 1886-1910. Las guerras de los mil días: sus antecedentes y consecuencias*. Medellín, FAES, 1981; Jorge Villegas y José Yunis. *La Guerra de los Mil Días*. Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1979. También se podría mencionar *Las guerras civiles desde 1830 y su proyección en el siglo XX*. Memorias de la II Cátedra Anual de Historia “Ernesto Restrepo Tirado”. Bogotá, Museo Nacional de Colombia, 1998.

sociólogos o historiadores, como Michael Mann y Charles Tilly, han dedicado sus esfuerzos al análisis de las relaciones entre la creación de ejércitos permanentes para defender a los países de agresiones externas y el desarrollo de las instituciones. Solo en los últimos años, Robert Bates ha comenzado a señalar cómo las transformaciones de la economía política global en las últimas décadas podría haber alterado fundamentalmente las conexiones que durante los siglos XIX y XX se daban entre guerra, construcción del Estado y surgimiento de instituciones democráticas, para reforzar, como en el caso de algunas regiones de África, políticas al estilo de los “señores de la guerra”: allí se daría una convergencia entre las eras moderna y premoderna. Sin embargo, hay que reconocer que el mismo Tilly y otros teóricos se han ocupado del tema de las fuerzas “irregulares” y subnacionales, pero siempre en función de la consolidación de los ejércitos permanentes en guerras convencionales entre naciones.² En cambio, más recientemente, Stathis Kalyvas se ha ocupado de varios problemas conceptuales relacionados con las acciones, motivaciones e identidades que se originan en las guerras civiles, para señalar la importancia de la interacción entre identidades y acciones políticas públicas y privadas.³

Estas consideraciones previas ayudan a destacar la importancia del análisis de los discursos de la guerra, a partir de una comparación entre las tres primeras guerras del siglo XIX en Colombia.⁴ En ese análisis se plantea la pregunta de cómo se habían pensado, narrado y justificado las guerras, pero antes se hace una buena descripción histórica de sus hechos y un análisis de los estudios existentes sobre ellas.

Las reflexiones que se expondrán a continuación giran en torno de una pregunta central, con tres acápites: ¿Por qué un incidente aislado y aparentemente insignificante (la supresión de algunos conventos menores en Pasto, en la frontera con el Ecuador), que afectaba a pocos frailes y poblaciones, desencadena una de las guerras más sangrientas, prolongadas y extendidas del siglo XIX; mientras que una confrontación más política e ideológicamente polarizada como la que se produce por algunas de las reformas liberales de mediados de siglo y por la movilización de grupos

2 Diane Davis. “Contemporary challenges and historical reflections on the study of militaries, States and politics”. En: Diane Davis y Anthony Pereira. *Irregular armed forces and their role in politics and State formation*. Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 5-7.

3 Stathis N. Kalyvas. “La ontología de la violencia política: acción e identidad en las guerras civiles”. *Análisis Político*, 52, Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional, septiembre-diciembre de 2004.

4 Me refiero al análisis de María Teresa Uribe de Hincapié y Liliana López. *Las palabras de la guerra. Las guerras narradas del siglo XIX*. Op. cit.

subalternos de la sociedad para apoyarlas, solo produce una serie de levantamientos esporádicos y dispersos, fácilmente debelados por las tropas del gobierno liberal; en cambio, un levantamiento de militares, artesanos y otros grupos subordinados, ligados al golpe de Estado del general José María Melo, produce la reacción inmediata y la movilización casi espontánea de los grandes jefes militares de los dos partidos que se coligan entre sí para derrotarlos?

La respuesta a este triple interrogante reside en la manera como se conforman los partidos conservador y liberal, alrededor de la interacción de tres polos de confrontaciones: el de la nación, el de las regiones y el de las localidades. Para ello, puede ser útil combinar la perspectiva teórica de Kalyvas, abstraída de la consideración empírica de varios casos en diferentes tiempos y lugares (la Guerra Civil Inglesa, la griega de los años cuarenta, la Revolución Francesa de 1789, la guerra norteamericana de secesión, los recientes conflictos de Congo Brazzaville, Nicaragua, Timor Oriental y Afganistán, e incluso la Violencia colombiana de los años cincuenta), con el acercamiento al tema desde la historia colombiana del siglo XIX; pero contrastado con la historia comparada de otros procesos de formación de Estados nacionales que han reseñado autores como Elias, Tilly, Gellner, Abrams y Anderson, junto con las referencias a los casos de Hispanoamérica, estudiados por Guerra, Halperin y Escalante.

1. El aporte de Kalyvas a la comprensión de nuestras guerras civiles

Las reflexiones de Kalyvas parten de considerar que las guerras civiles no son conflictos binarios ni dicotómicos, sino procesos complejos y ambiguos que promueven las acciones conjuntas de actores locales, cuyas motivaciones, identidades e intereses se adaptan a los cambios nacionales y utilizan los recursos del orden central para su propia ventaja y en perjuicio de sus rivales. En ese sentido, sostiene este autor, muchas de las acciones de estas guerras parecen más relacionadas con asuntos locales o privados que con las confrontaciones de carácter general, ya que los actores locales aprovechan la guerra para arreglar conflictos locales y privados que a veces no guardan ninguna relación con las causas generales de la guerra ni con los objetivos explícitos de los beligerantes. Por otra parte, los actores que buscan el poder central utilizan recursos y símbolos que apelan a conseguir alianzas con los actores de las periferias local y regional que están luchando por sus intereses locales y regionales, con quienes podrían lograr una producción conjunta de acciones. Esta concepción implica, lógicamente, un desafío para la división clara entre la violencia política y la privada, y plantea una interacción entre actores nacionales, regionales y locales con

diferentes identidades, motivaciones e intereses. Por eso, afirma Kalyvas, las guerras civiles pueden ser vistas como procesos que brindan la oportunidad de que salga a flote una variedad de ofensas dentro de un conflicto mayor: esas ofensas pueden obedecer a tensiones locales o regionales preexistentes, o pueden ser también inducidas por la misma guerra civil, dados los cambios de poder en el nivel local y regional.

Pero esos conflictos locales y regionales tampoco pueden pasar por alto el contexto nacional donde se producen, ya que muchos de ellos no conducen a hechos violentos; en cambio, en varios de los casos históricos analizados por este autor, las luchas políticas locales se han entrecruzado con las nacionales para intensificar la naturaleza del debate político. En el caso de la Guerra Civil Inglesa, las injusticias locales se convirtieron en el medio por el cual se percibieron muchos asuntos nacionales, mientras que los debates de carácter nacional eran utilizados para cubrir las luchas políticas del orden local; en la Revolución Francesa, por su parte, se presentaron casos de violencia en los que no se alcanzaba a diferenciar entre la venganza personal y la violencia de carácter más público. De ahí la sugerencia de Kalyvas de recurrir a los mecanismos de alianzas entre actores nacionales y regionales para explicar la naturaleza y el desarrollo de las guerras civiles.

Estas alianzas implican transacciones entre actores locales y supralocales: el apoyo externo de los últimos a los primeros les permite a éstos ganar ventajas decisivas en el ámbito local, pero los actores supralocales también se benefician de los conflictos locales para reclutar y motivar partidarios y lograr así el control, los recursos y la información en el orden local. La guerra civil puede entonces entenderse, en palabras del autor, como "la transformación de un proceso conjunto" que combina la búsqueda del poder por parte de los actores del orden nacional, con la búsqueda de ventajas locales por parte de los actores locales. Para Kalyvas, esta visión presenta una alternativa a la dicotomía entre Hobbes y Schmitt: la explosión violenta de los conflictos locales y privados no se debe a que la guerra civil sea un momento de anarquía hobbesiana ni a las manipulaciones de actores supralocales enfrentados en una confrontación de enemigos absolutos, sino a la interacción entre ambos niveles. Se aparta de Schmitt al señalar que la "violencia política" no es siempre política, ni se reduce tampoco a la confrontación de los discursos generados en el centro ni a las ideologías que ellos invocan. Pero también se opone a la mirada de Hobbes sobre la guerra civil como mero mecanismo que abre las puertas a una violencia privada anárquica, ya que la violencia privada está limitada por las alianzas de los otros ámbitos del conflicto. Esta concepción convierte la interacción centro-periferia en un problema central y permite considerar tanto las acciones estratégicas de los actores políticos como las acciones oportunistas de los actores locales; así, el carácter

particular de las guerras civiles procede de la convergencia entre motivos locales y supralocales, lo cual desemboca en una violencia conjunta que empantana la división entre lo político y lo privado, lo colectivo y lo individual.

Dos conclusiones de Kalyvas son muy importantes para el caso colombiano, y especialmente para las reflexiones sobre los discursos de la guerra: en primer lugar, él sostiene que una vez concluida la guerra, la narrativa central sobre el conflicto brinda un camino para, después de los hechos, simplificar y cubrir sus ambigüedades. Así, en ocasiones, la invocación del mensaje central por parte de los actores locales puede convertirse en una profecía autocumplida en la medida en que los asuntos e identidades locales se redefinen, se reconstruyen y se proyectan hacia atrás. Además, la recurrencia de las mismas alianzas y el recurso a los mismos mensajes centrales puede llegar a integrar y fundir la multitud de escisiones locales dentro de una escisión maestra central, consistentes con la observación de que las guerras son procesos contruidos por el Estado. En segundo lugar, el autor muestra el diferente peso de las alianzas locales según la mayor o menor fuerza de los contrincantes por el poder central: “cuanto menos poderosos y centralizados sean los actores políticos que están combatiendo en la guerra, menores serán las oportunidades de imponer el control directamente, y por tanto será mayor la probabilidad de que tengan que recurrir a las alianzas locales”.⁵

Las consideraciones teóricas de Kalyvas parecen exagerar la separación entre los actores políticos, de carácter supralocal, que se mueven en el nivel nacional y obedecen a estrategias explícitas de búsqueda del poder; y los actores sociales locales, cuyas tácticas son de carácter oportunista y están encaminadas a conseguir ventajas en el orden local. Sin embargo, sus apreciaciones permiten una buena aproximación al tema de la articulación entre los niveles local, regional y nacional de los conflictos políticos en el estudio comparado de nuestras guerras civiles, en relación con el papel de los partidos políticos tradicionales.⁶ La diferencia es que nuestras consideraciones no reducen la dimensión política al ámbito nacional ni separan tanto lo local y lo regional de lo estrictamente político, sino que distinguen niveles del conflicto político y relacionan la competencia de los grupos locales y regionales del poder en sus respectivos ámbitos con la lucha entre diversos proyectos políticos del orden nacional.

5 Stathis N. Kalyvas. *Op. cit.*, p. 76.

6 Fernán E. González. “Aproximación a la configuración política de Colombia”. *Controversia*, 153-154, Bogotá, CINEP, 1988. Reproducido en: Fernán González. *Para leer la política. Ensayos de historia política colombiana*. Bogotá, CINEP, 1997, pp. 26-29.

Para los estudios sobre Colombia, hay que tener en cuenta que tanto los problemas de la articulación del territorio, la participación ciudadana y la organización federal o unitaria deben ser necesariamente enmarcados en una lectura que tenga en cuenta tres polos: nación, región y localidad. Como señala Richard Stoller para el caso de El Socorro en el siglo XIX colombiano, a veces el poder estatal regional puede convertirse en el enemigo mortal del poder local en un régimen federal, mientras que el centralismo de un Estado lejano e ineficiente puede representar una garantía para las autonomías locales.⁷ La necesidad de esta lectura tripolar se hace evidente en el caso de la apelación al federalismo en la última etapa de la Guerra de los Supremos, como conclusión de un conflicto que se inicia en la localidad, se expande a la región y luego a la nación, y sirve de detonante de una serie de problemas muy distintos en cada una de las regiones involucradas.

2. La formación del Estado: aportes de Elias, Tilly, Gellner, Abrams y Bourdieu

Para introducir la lectura tripolar de estos conflictos, podría ser útil recordar algunos conceptos sobre la formación del Estado, como los de Elias, Tilly, Gellner, Abrams, Guerra y Escalante, para mostrar cómo las tres guerras que este texto pretende analizar y la organización de los partidos tradicionales que producen como resultado, aportan bastantes luces sobre la naturaleza de la sociedad del siglo XIX, lo mismo que sobre el balance de poder existente entre las regiones y los estratos sociales de esos años.

A pesar del pretendido carácter original del proceso histórico colombiano, el recorrido histórico que hace Norbert Elias del proceso civilizatorio en Occidente,⁸ centrado en la "génesis social del Estado" absolutista referido a los casos de Inglaterra y Francia, puede ofrecer algunas sugerencias para analizar el papel de las luchas internas en la consolidación del Estado. Elias interpreta los procesos de construcción de las naciones como la combinación de los procesos de integración territorial o regional y los de integración de los estratos sociales: estos dos procesos están estructuralmente conectados y su evolución fue más gradual de lo que se suele suponer. Llama la atención el hecho de que este autor ligue la aparición de los partidos

7 Richard Stoller. "Ironías del federalismo en la provincia de El Socorro, 1810-1870". *Fronteras*, 2 (2), Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998, pp. 12, 13.

8 Norbert Elias. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 333-446.

de orden nacional y los gobiernos de partidos a etapas de las sociedades en las cuales se ha producido una integración mayor que ya no hace posible tomar decisiones que afecten a la población sin cierto grado de comunicación con ella. En esos momentos, el balance de poder entre gobernantes y gobernados se ha hecho menos desigual que antes y la interdependencia funcional entre sus regiones y estratos sociales ha sido mucho mayor.⁹ Por eso, este autor considera que la naturaleza de los partidos es un buen indicador para analizar la situación del balance de poder tanto entre las diversas regiones como entre los diferentes estratos sociales en cada país.¹⁰

Por otra parte, algunas de las consideraciones de Charles Tilly sobre los procesos comparados de construcción del Estado en Occidente muestran que este balance de poder entre regiones y estratos sociales es muy variable, según la relación que se establezca entre las autoridades del orden central y sus intermediarios locales y regionales.¹¹ Normalmente, al proceso de mayor interacción social y económica dentro de un territorio determinado corresponde también un proceso de cierta centralización política o de expansión del control de las entidades centrales sobre la población y el territorio. Sin embargo, esta centralización política no se da de manera uniforme ni unilineal, sino que depende de la relación que se establezca con los poderes locales o regionales realmente existentes. Así, un país como Francia, que logró un dominio directo del Estado sobre la sociedad por medio de una burocracia administrativa y judicial y de un ejército nacional con pleno monopolio de la fuerza sobre la totalidad de un territorio claramente delimitado, se diferencia de otros como España, Portugal y los países iberoamericanos, donde el poder del Estado se ejercía de modo indirecto mediante la negociación con los poderes locales y regionales existentes de hecho.

Por otra parte, Ernest Gellner muestra que estos procesos de centralización política, que expresan el paso gradual del dominio indirecto al dominio directo del Estado, no son el resultado de tendencias ineluctables ni de actos de voluntad política, sino que dependen de ciertos condicionamientos de orden social, económico y cultural, como el encierro o fijación de una población a un determinado territorio, el

9 *Id.*, “Los procesos de formación del Estado y de construcción de la nación”. *Historia y Sociedad*, 5, Medellín, Universidad Nacional, diciembre de 1998, pp. 107-115.

10 *Ibid.*

11 Charles Tilly. *Coerción, capital y los Estados europeos, 900-1900*. Madrid, Alianza Editorial, 1992; Charles Tilly. “Cambio social y revolución en Europa, 1492-1992”. *Revista Historia Social*, 15, Madrid, Invierno, 1993.

aumento de las interacciones sociales y económicas entre sus pobladores, el paso de una economía natural a una monetaria y el aumento de las comunicaciones.¹²

Finalmente, Abrams apela a la importancia de la formación discursiva o simbólica del Estado, cuando señala que se debe distinguir entre "el sistema del Estado", entendido como el conjunto de agencias, prácticas y rutinas más o menos centralizadas, y "la idea de Estado", entendida como aquel artefacto ideológico que legitima, moraliza y unifica los actos dispersos y amorales de los gobiernos;¹³ mientras que para Bourdieu, el esfuerzo por representar al Estado hace parte de su realidad misma, pues su capacidad para ejercer violencia simbólica se debe a que se encarna en las subjetividades, bajo formas de estructuras mentales, de percepción y pensamiento.¹⁴

3. Las comunidades imaginadas en el contexto hispanoamericano

Conviene también reflexionar sobre la manera como se aplica en Hispanoamérica la definición que hace Benedict Anderson¹⁵ de la nación como "comunidad imaginada" de compatriotas, con un pasado compartido y un destino común; concepto en el que la difusión de la prensa jugaba un importante papel. Algunos autores como François-Xavier Guerra han señalado la necesidad de introducir ciertos matices para la aplicación de estas ideas al caso hispanoamericano. En primer lugar, la difusión de la prensa escrita se produce con la crisis de la independencia y no antes, pero es claro que juega un papel importante, aunque no exclusivo, en la conformación posterior de las naciones iberoamericanas. En segundo lugar, no era fácil determinar a qué naciones futuras iban a pertenecer las diferentes "patrias locales", excepto en algunos pocos casos en que existía ya una previa unificación; y también era difícil inventar un contenido cultural distintivo de cada espacio administrativo. Por eso, concluye Guerra, es cierto que al final de las guerras de emancipación los nuevos Estados de Hispanoamérica podían considerarse naciones, en el sentido de colectividades

12 Ernest Gellner. *Antropología y política. Revoluciones en el bosque sagrado*. Madrid, Ediciones Gedisa, 1997; Ernest Gellner. *El arado, la espada y el libro. Estructura de la historia humana*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

13 Philip Abrams. "Notes on the difficulty of studying the state". *Journal of historical sociology*, 1 (1), 1988.

14 Pierre Bourdieu. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. "Espíritus de Estado. Génesis y estructura del campo burocrático". Barcelona, Anagrama, 1994, p. 98.

15 Benedict Anderson. *Imagined communities. Reflections on the origin and spread of Nationalism*. Londres, Verso Editions, 1985.

soberanas, pero estaban muy lejos de poseer otros atributos imaginativos esenciales: una historia y un territorio ancestral, héroes y ancestros comunes y un carácter y destino nacional.¹⁶

Por su parte, Tulio Halperin Donghi señala que muy poco del marco analítico de Anderson puede aplicarse a Hispanoamérica, fuera de su caracterización de las naciones como comunidades imaginadas. Para Halperin, si el patriotismo revolucionario en Argentina puede ser considerado como precursor del nacionalismo, no sería del tipo que estudia Anderson sino del que identifica la causa de la nación con la de una facción política y excluye implícitamente a otras de la comunidad nacional. Este tipo de patriotismo profundizó las divisiones de la nación argentina y contribuyó a la violenta crisis política entre 1824 y 1827, que fue una de las razones del ascenso de Rosas al poder. La presencia de un elemento claramente partidario en la identificación de la población con la patria facilitó, según este autor, la transferencia de las lealtades populares a la nueva “comunidad imaginada”, junto con la tenacidad de Rosas para su construcción. En ese esfuerzo fue muy importante el uso de la prensa escrita y el control represivo de la población. Para Halperin, la contribución de Rosas a la maduración de la nación argentina fue lograr una unificación de espacios para el territorio, que sería organizado como un Estado nación, como una única arena para la guerra civil.¹⁷

Esta identificación del sentimiento patriótico con la adhesión a una facción partidista puede ser aplicada de alguna manera al caso colombiano, especialmente en el momento de las tres guerras que se están comparando. En ese sentido, se podría afirmar que nuestras guerras civiles produjeron mayor integración del territorio nacional, mayor relación entre los grupos de poder de las diversas regiones, subregiones y localidades; algún tipo de inclusión política de grupos sociales subordinados mediante el reclutamiento forzoso o voluntario, los mecanismos de adscripción clientelista y las adhesiones a la defensa de las localidades y regiones. Por otra parte, el hecho de que la afiliación de las poblaciones a los partidos tradicionales haya quedado prácticamente definida al finalizar estas tres guerras, muestra que la identidad nacional de los colombianos pasaba entonces por la pertenencia a esos partidos,

16 François-Xavier Guerra. “Forms of communications, political spaces, and cultural identities in the creation of Spanish American nations”. En: Sara Castro-Klarén y John Charles Chasteen. *Beyond imagined communities, reading and writing the Nation in Nineteenth-century Latin America*. Baltimore, John Hopkins University Press, 2003, p. 32,

17 Tulio Halperin Donghi. “Argentine counterpoint: rise of the nation, rise of the state”. En: Sara Castro-Klarén y John Charles Chasteen. *Op. cit.*, pp. 34, 44-51.

no solo como confederaciones de redes locales y regionales de poder, sino también como comunidades imaginadas de sentido y de destino. Pero no se trataba entonces de comunidades unificadas y homogéneas de conciudadanos, sino de *comunidades escindidas de copartidarios, de una ciudadanía escindida por la pertenencia a los partidos tradicionales*, de identidades fragmentadas y mutuamente excluyentes, construidas paulatinamente por medio de los conflictos armados de carácter interno.

Además, estas reflexiones sobre la contraposición de enfoques teóricos producidos en otros contextos históricos y las realidades de los países iberoamericanos, llevan a considerar el problema de cómo son apropiadas y transplantadas las instituciones gubernamentales de Estados consolidados, caracterizados por organizaciones que expresan el dominio directo del gobierno sobre territorios delimitados y poblaciones fijas; en contraste con nuestras sociedades, caracterizadas históricamente por el dominio indirecto del Estado, donde las instituciones estatales deben negociar constantemente con los poderes locales y regionales existentes de hecho, los territorios no están claramente delimitados y la población no está encerrada en un territorio sino que puede desplazarse continuamente a territorios periféricos. Este es el sentido de las reflexiones de François-Xavier Guerra y Fernando Escalante para el caso de México y, en buena parte, son aplicables a otros países de Hispanoamérica. Así, Guerra llega a defender la necesidad política del gamonalismo o cacicazgo electoral como intermediario indispensable entre Estado moderno y sociedad tradicional.¹⁸ Por su parte, Fernando Escalante sostiene que para el caso mexicano, el problema residía en la existencia de una profunda contradicción entre el proyecto explícito de las clases dominantes, centrado en la creación de una ciudadanía y una nación modernas, y su proyecto implícito, que obedecía a la necesidad de mantener su control por medio de mecanismos clientelistas sobre las clases populares, que eran la base de su poder real.¹⁹ El estudio de las guerras civiles del siglo XIX en Colombia representa un buen caso de ese tipo de interrelaciones entre lógicas políticas, intereses regionales, locales y nacionales, motivaciones personales y públicas, etc.

Particularmente, entre los conflictos del siglo XIX es posible distinguir dos grupos: en primer lugar, los de la primera mitad de siglo, más centrados en la

18 François-Xavier Guerra. "Lugares, formas y ritmos de la política moderna". *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, 285, tomo LXXXII, 1982; François-Xavier Guerra. *México. Del antiguo Régimen a la Revolución*. México, Fondo de Cultura Económica, 1988; François-Xavier Guerra. "Teoría y método en el análisis de la Revolución Mexicana". *Revista Mexicana de Sociología*, LI (2), 1989.

19 Fernando Escalante. *Ciudadanos imaginarios*. México, El Colegio de México, 1993.

definición de los ciudadanos, en distinguir quiénes son los verdaderos “patriotas”, en la delimitación del territorio nacional, la articulación de los diversos territorios y las relaciones entre regiones y Estado central. En ese sentido, la Guerra de los Supremos entre 1839 y 1841, deja como resultado la constitución de los partidos conservador y liberal como federaciones suprarregionales de redes locales y regionales de poder que servían de intermediarias entre regiones y Estado central. En cambio, las guerras de 1851 y 1854 reflejan ya definiciones más ideológicas y programáticas de los partidos, en torno a posiciones sobre el papel de la Iglesia católica en la sociedad, la ampliación de la ciudadanía y el alcance político de la movilización popular, el ritmo de las reformas modernizantes de la economía y la sociedad. Así, la guerra de 1851 refleja una reacción contra las reformas de la llamada Revolución Liberal de 1848, leída por los conservadores desde el mito antijacobino y por los liberales como una revolución contra los remanentes de la Colonia española; y la guerra de 1854 define a los partidos frente a la movilización popular autónoma de los grupos subalternos de la sociedad. Por otra parte, la lectura de los discursos de guerra de ambos bandos es muy importante para la conformación de los imaginarios y las representaciones que hacen los partidos tradicionales de sí y del “otro”, de las imágenes y contraimágenes con que se describen los adversarios y de los personajes políticos con los que se identifican unos y otros.

En segundo lugar están las guerras en torno al federalismo y centralismo como formas de organización estatal, los alcances del poder ejecutivo, el papel de la religión católica en la sociedad, las relaciones entre regiones y la importancia de los partidos tradicionales como federaciones de redes regionales y locales de poder, que impiden la consolidación de caudillos del orden nacional. Este segundo grupo se inicia con el triunfo de la rebelión de Mosquera en 1861, la consagración del extremo federalismo y el debilitamiento del poder ejecutivo en la Constitución de Rionegro, que muestran cómo los partidos logran neutralizar el caudillismo de Mosquera; continúa con el intento conservador de recuperar la hegemonía del sistema federal en la guerra de 1876, y finaliza con la derrota del federalismo y el triunfo de la Regeneración en la guerra de 1885, refrendado por los intentos liberales de recuperar el poder en las guerras de 1895 y en la de los Mil Días (1899-1901).

4. Hacia una lectura tripolar de la Guerra de los Supremos

La guerra de los Supremos (1839-1841) ha sido normalmente descalificada por algunos autores, como José María Samper,²⁰ por carecer de motivaciones ideológicas

20 José María Samper. *Historia de un alma*. Medellín, Bedout, 1971, p. 82.

y reducirse a una lucha entre caudillos ambiciosos y personalistas, mientras que otros insisten en la necesidad de considerar los problemas regionales subyacentes a esos conflictos.²¹ Para algunos, no se trata propiamente de una sola guerra, sino de varias de muy distinta lógica, unificadas luego por el discurso bipartidista del período siguiente.²² Esta afirmación es parcialmente cierta, pues esta guerra cubre episodios de alcance diferenciado: primero local, luego regional y finalmente nacional. Y es cierto que el conflicto nacional consiste en la yuxtaposición de conflictos regionales de diferente índole y alcance: las motivaciones de la guerra son distintas en la Costa Atlántica, el Cauca, Antioquia y El Socorro.²³

Pero las articulaciones entre las regiones y la nación impiden también que la Guerra de los Supremos se reduzca a una serie de levantamientos de ambiciosos caudillos, sin mayores motivaciones ideológicas o políticas, que aprovechan la debilidad del Estado central para consolidar su hegemonía regional bajo la bandera del federalismo. Es cierto que no hubo una estrategia de conjunto de los jefes rebeldes, sino alianzas ocasionales entre los jefes de regiones vecinas, como las provincias del nororiente contra Bogotá, e intentos de alianza entre Córdova y Obando, González y Carmona, al lado de enfrentamientos entre los supremos de la costa como Carmona, Gutiérrez de Piñeres y Martínez Troncoso. Pero también es cierto que estos levantamientos regionales y las alianzas entre caudillos se insertaban en una lucha por el poder en el nivel nacional entre los santanderistas radicales y los grupos más moderados del sector ministerial, que preludian el surgimiento del Partido Conservador, a los cuales se unirán los antiguos bolivarianos y urdanetistas.²⁴ Sin embargo, habría que matizar la visión de la rebeldía de jefes regionales nombrados por el gobierno central como síntoma de la fragmentación cuando se recuerda la manera como se nombraban las ternas regionales y el estilo inicial del gobierno de Márquez que no quería romper con el sector duro del santanderismo.

21 J. Ignacio Méndez. "Azul y Rojo: Panama's Independence in 1840". *The Hispanic American Historical Review*, 60 (2), 1980.

22 María Teresa Uribe de Hincapié *et al.* *Op. cit.*, tomo I: La Guerra de los Supremos 1839-1842, pp. 24-29.

23 Véase: Gustavo Bell Lemus. "Los Estados soberanos de la Costa y la Guerra de los Supremos". Manuscrito inédito, gentilmente proporcionado por su autor, 2002; María Elena Saldarriaga. *La guerra de los Supremos en Antioquia*. Manuscrito inédito, gentilmente proporcionado por su autora.

24 Véase: Fernán E. González. "La Guerra de los Supremos". En: *Gran enciclopedia histórica de Colombia*. Bogotá, Círculo de Lectores, tomo II, 1991. Reproducido en: Fernán E. González. *Para leer la política*. *Op. cit.*

Además, estas alianzas y la estrategia de conjunto del gobierno nacional hicieron que los ejércitos regionales abandonaran a veces sus territorios y se proyectaran a otras regiones, de diferente clima y altitud, lo que afectaba bastante la salud de los soldados de tierra fría cuando cambiaban a tierra caliente (las tropas de Herrán fueron detenidas en Ocaña por la “peste”, o sea la malaria, y en el sur fueron diezmados por la viruela) y de los de tierra caliente cuando subían a tierra fría. Por otra parte, los esfuerzos fallidos de coordinación entre Carmona, González y hasta Obando, y entre Vezga y Córdova, lo mismo que los nexos de amistad entre Córdova y González, las relaciones previas de Carmona con algunos de los que serían posteriormente jefes rebeldes, y las de Obando con el santanderismo del nivel nacional, sugieren la necesidad de coordinación entre redes de poder más allá del discurso, y también la de tener en cuenta las relaciones que se establecen entre las diferentes regiones y los puntos geográficos de contacto entre ellas, que determinan los territorios donde se concentra el conflicto: los pasos de la Cordillera Central entre oriente y occidente, como el paso del Quindío y el de Guanacas, serán importantes en el desarrollo de la contienda, lo mismo que los dos caminos entre Antioquia y el Valle del Cauca, y la navegación del río Magdalena entre Mompox y Ocaña, y entre Nare y Honda. Del control de esos territorios de frontera y comunicación entre las regiones dependería el desarrollo de la guerra.²⁵

Por eso, sería preferible decir que se trata más bien de varios episodios bélicos de distinto nivel, que desembocan y confluyen en una guerra nacional, donde se combinan tres niveles de enfrentamientos: local, regional y nacional. En el caso de la Guerra de Supremos, un problema local —la supresión de los llamados “conventillos” — se mezcla con la lucha por el poder regional entre oligarquía tradicional y oligarquía emergente (Obando contra Mosquera) y con las tensiones del orden nacional entre santanderistas y marquistas para impedir el recurso normal al caudillo tradicionalmente aceptado. Así que el perfil político aparece desde el principio en el enfrentamiento entre élites regionales, ya matriculadas en facciones nacionales.

Esos contextos nacionales y regionales explican por qué Obando, el caudillo más respetado en esa localidad y subregión, no es enviado a solucionar los problemas que sus amigos y seguidores de Pasto habían creado: lo impedían las desconfianzas que existían contra él en la provincia de Popayán, cuyo gobierno regional estaba en manos del clan dominante de la oligarquía (los Mosquera, Arboleda, Arroyo, Castrillón) a los que Obando y sus seguidores habían desplazado del poder durante el anterior

25 *Id.*, “La Guerra de los Supremos. Hacia los orígenes del bipartidismo: de facciones a protopartidos”. Manuscrito inédito, 2003.

gobierno de Santander. Obando era inicialmente un caudillo local, con una base clientelista producto de sus relaciones con campesinos de sus haciendas y su pasado de jefe guerrillero realista en El Patía, que se transforma en político regional por su papel como gobernante del Sur y su intermediación con el gobierno central en manos de Santander.²⁶ La resistencia contra la dictadura de Urdaneta transformó a Obando en político de orden nacional, sin dejar los nexos con las redes locales y regionales del Sur, pero lo alineó con el grupo santanderista en el poder. A la competencia regional por el poder contra la oligarquía establecida de Popayán y Cali, se unían sus problemas familiares con la familia Mosquera y sus nexos de amistad con compañeros militares de otras regiones, contruidos en la lucha contra la dictadura de Urdaneta.

Estas adscripciones lo convierten en sospechoso para el gobierno provincial y local, nuevamente en manos de la oligarquía tradicional en la región, que acababa de retornar al poder del cual había sido desplazado por Obando, quien fue el apoyo del gobierno de Santander en el Sur. Obando representaba el ascenso de una oligarquía secundaria que desafiaba el poder de los Mosquera, a los cuales estaba ligado por nexos familiares. La coyuntura anterior de la guerra contra los bolivarianos y urdanetistas y su ligazón con la burocracia de los dos gobiernos de Santander había significado su ascenso y el desplazamiento de los Mosquera del poder regional. Y el gobierno de Márquez y la Guerra de los Supremos fue la oportunidad esperada por Mosquera para recuperar el dominio regional. Además, en el nivel nacional también se presentaban reticencias, ya que Obando había sido uno de los contrincantes de Márquez en las elecciones presidenciales, apoyado explícitamente por el presidente Santander y luego claramente alineado con el grupo santanderista de oposición en el Congreso.

Esta desconfianza de Márquez y Mosquera por las relaciones de Obando en el Sur y su cercanía con la oposición santanderista, los lleva a encargar de la pacificación al general Herrán, antiguo bolivariano, cercano a la oligarquía tradicional de Popayán, para buscar inclinar la balanza local y regional en favor de los Mosquera y romper la relación de esa región con Obando, considerado el mediador aceptado con la nación. Esto hace que la guerra supere el ámbito local y regional para insertarse en el orden nacional introduciendo una serie de interrelaciones con otros caudillos locales y regionales, junto con sus respectivas regiones. Por último, los antiguos bolivarianos, como Mosquera y Herrán, recordaban muy bien que Obando, primero como secretario de guerra y luego como encargado de la presidencia de la república, había borrado del escalafón militar a quienes habían militado en las filas de los partidarios de las

²⁶ Francisco Zuluaga. *José María Obando: de soldado realista a caudillo republicano*. Bogotá, Banco Popular, 1985, pp. 108, 109.

dictaduras de Bolívar y Santander. Por su parte, los santanderistas recordaban el papel que el general Herrán, encargado ahora de restaurar el orden en Pasto, había desempeñado en la promoción de las “actas” de la dictadura de Bolívar. Y las conexiones de Obando con el grupo santanderista hacen que este grupo tome el asunto de Pasto como tema aprovechable para su oposición al gobierno de Márquez. Estas conexiones nacionales de Obando sacan el problema del orden local y modifican la posición original del grupo santanderista, que había apoyado inicialmente al gobierno de Márquez contra los “fanáticos” pastusos.

Esas interrelaciones del ámbito nacional se hacen manifiestas cuando las sospechas contra Obando por instigar el motín de Pasto se ligan con las acusaciones en contra suya por el asesinato de Sucre, que en el ámbito nacional tienen relación con la pugna entre ministeriales y progresistas, y en el regional con rivalidades y tensiones de diversa índole según la situación de cada región. En cada una de las regiones, la guerra expresa diferentes intereses y tensiones tanto frente al centro de la nación como hacia dentro de la región, donde varias subregiones, localidades y grupos sociales se disputan la hegemonía. Así, la guerra se va haciendo nacional no solo en el relato sino en el mismo desarrollo de los hechos por medio de las redes que se establecen entre los diferentes caudillos y sus respectivas regiones: Carmona intenta asociarse con González, y Córdoba con Obando, Vezga, González y Carmona. Todos se pronuncian contra la persecución de Obando, que es el eje articulador, pues casi todos ellos fueron jefes regionales aliados contra la dictadura de Urdaneta, excepto Carmona, pero éste también se había relacionado antes con algunos progresistas en la Cámara de representantes y luego levantó la bandera del federalismo en contra del gobierno central.

Por otra parte, tanto los intentos fallidos de coordinación de estos jefes, como las interacciones regionales de la guerra —muy visibles en los enfrentamientos en las zonas fronterizas (el caso de la colonización antioqueña, entre Cauca y Antioquia) y en las luchas por los corredores estratégicos que comunicaban las regiones entre sí (luchas por el control de los pasos del Quindío y Guanacas en la Cordillera Central y por el sector medio del río Magdalena, ejes Mompox-Ocaña, y Nare-Honda)— y el movimiento de un ejército del gobierno por toda la nación (del sur a Bogotá, de allí al centrooriente y a la costa, por el lado de Valledupar, mientras que las tropas antioqueñas se desplazan al Valle del Cauca primero y después a la costa atlántica por los actuales departamentos de Córdoba y Sucre) muestran también el carácter suprarregional que adquiere la dinámica misma de la guerra.

Además, estos tres niveles de enfrentamientos recogen tensiones de diversa índole como los conflictos étnicos, los enfrentamientos entre caudillos personalistas

y las rivalidades tanto familiares como regionales y locales, por esto se puede afirmar que en el fondo de todas las guerras civiles y de todos los enfrentamientos políticos del bipartidismo se esconden y expresan otro tipo de conflictos sociales, étnicos y regionales.²⁷ Obando expresa, a la vez, conflictos por la hegemonía local y regional en el Cauca, enfrentamientos personales y familiares con los Mosquera, tensiones sociales y étnicas de una región donde la esclavitud persiste y donde existen comunidades indígenas organizadas (Tierradentro y alrededores de La Cocha). Pero al mismo tiempo es santanderista, miembro de la oposición progresista de orden nacional y amigo y colega de casi todos los demás jefes supremos, que se rebelan en solidaridad por la persecución que emprende el gobierno contra él, por influencia de Mosquera. En ese sentido, hace falta considerar también la manera como la figura de Obando unifica los diferentes períodos de la guerra: sus redes nacionales y regionales de poder representan un sistema de interrelaciones entre los caudillos regionales que da cierto carácter suprarregional a la guerra.

La descalificación que algunos hacen del sentido político de esta guerra obedece a la separación que establecen entre problemas políticos y sociales, y entre enfrentamientos regionales y nacionales, al indicar que en ella no aparecen todavía motivaciones ideológicas ni proyectos políticos contrapuestos. El problema de estos planteamientos reside en la manera como se define lo político: ¿solo desde el horizonte nacional o desde la articulación localidad-región-nación? ¿Desde los polos ya constituidos de poder o desde la construcción de esos polos? Lo que plantea, además, el problema de la relación entre lo prepolítico y lo propiamente político, pues no deja clara la respuesta sobre dónde comienza la política, ya que ésta tiene dimensiones sociales y culturales. Estos problemas sobre la concepción de política, que afectan la idea que se tiene de violencia política, se tratan de analizar en un trabajo anterior sobre la evolución reciente de la violencia, vista en perspectiva histórica:²⁸ solo cuando el Estado tiene el monopolio de la fuerza, se puede distinguir entre violencia y política y excluir la violencia como instrumento de la política; antes, la violencia es un instrumento de la construcción del monopolio estatal de la fuerza.²⁹

27 J. León Helguera. "The problem of Liberalism versus Conservatism in Colombia 1849-1885". En: Frederick Pike (editor). *Latin American History: select problems Identity, Integration and Nationhood*. New York, Harcourt, Brace and World, Inc, 1969, pp. 226, 227.

28 Véase: Fernán E. González, Ingrid J. Bolívar y Teófilo Vásquez. *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Bogotá, CINEP, 2003.

29 Véase: Ingrid Bolívar. "Sociedad y Estado: la configuración del monopolio de la violencia". Bogotá, *Controversia*, 175, CINEP, 1999.

En resumen, la guerra, que mostraba inicialmente un carácter centrífugo y de expresión de diversas tensiones regionales, termina adquiriendo un carácter centripeto y unificante. Este cambio se va a expresar en la lectura política bipartidista de los eventos, que resulta del hecho de que casi todos los personajes políticos del siglo XIX son actores principales o secundarios de esta guerra: Mosquera, Herrán, Ospina Rodríguez, Murillo Toro, Rafael Núñez, José Eusebio Caro. Por eso, es cierto que la Guerra de los Supremos indica una gran fragmentación e inorganicidad de los aparatos estatales, pero también habría que señalar los resultados aglutinantes que produce. Obviamente, la guerra contribuyó a esta fragmentación, pero también a la constitución de los dos partidos: inicialmente, el gobierno de Márquez no representaba a un partido determinado —entonces en construcción—, solo a grupos afines, débilmente ligados. Por eso, lealtades de caudillos se definían por coyunturas particulares de regiones y no por definiciones ideológicas previas. Pero la guerra ayuda a institucionalizar canales informales de articulación que neutralizan esa fragmentación.

En ese sentido, la lucha de las regiones y sus caudillos contra un enemigo común (el Estado central) y las disputas internas de caudillos por la hegemonía local o regional, junto con los enfrentamientos entre regiones y localidades, se combinan para la configuración tanto de la nación como de las mismas regiones. Estas luchas permiten el anudamiento de particularidades regionales, locales, grupos sociales y étnicos, con estamentos gubernamentales, eclesiásticos y militares, de distintas motivaciones, como se vio, por ejemplo, en el enfrentamiento entre Mosquera y Obando en el Cauca.

En Antioquia, la guerra es provocada por la consolidación de la llave Aranzazu-Ospina en el nivel regional, que quiere eliminar al coronel Salvador Córdova y a sus amigos de Rionegro de la escena política; este intento produce la reacción de rebeldía de Córdova y sus partidarios. También expresa alianzas de subregiones antioqueñas como las representadas por Juan de Dios Aranzazu, Braulio Henao, los González y Salazar (el sur de la colonización antioqueña, La Ceja, Abejorral, Sonsón y Salamina) con Juan María Gómez (Santa fe de Antioquia) contra Córdova (Rionegro, Barbosa, Copacabana y sectores populares de Medellín), a lo que se añade la rivalidad tradicional entre Marinilla y Rionegro.³⁰

En la Costa Atlántica se anudan los sentimientos separatistas y los resentimientos hacia las políticas del centro con las rivalidades tradicionales entre Santa Marta y Cartagena, Mompoxy Cartagena; Santa Marta, Ciénaga, Riohacha, Chiriguaná y Valledupar,

30 María Elena Saldarriaga. *Op. cit.*

junto con la emergencia de Barranquilla, que tendía a desplazar a Cartagena y Santa Marta, y la competencia entre los jefes supremos Carmona, los Gutiérrez de Piñeres y Martínez Troncoso por el mando supremo en la Costa.³¹ En otras regiones también aparecen rivalidades intrarregionales y tensiones entre poblaciones vecinas, algunas con raíces en el período colonial, como Cali y Popayán, Sonsón y Rionegro, El Socorro y San Gil, etc. Igualmente se articulan las luchas nacionales y regionales con las tensiones raciales por medio del reclutamiento de guerrillas de indios en las vecindades de Ciénaga, La Cocha, Tierradentro; de población negra y mulata de Getsemaní y de esclavos y libertos del Valle del Cauca.

Por su parte, en El Socorro los cambios burocráticos de nivel regional y local producidos por el gobierno de Márquez amenazaban el predominio de la familia Azuero Plata, muy cercana a Santander y a sus amigos, lo que termina involucrando en la contienda al coronel González, jefe supremo de la provincia. En regiones tan santanderistas como el actual Santander (El Socorro y Pamplona) era difícil encontrar gobernantes regionales pertenecientes a otro grupo. Precisamente los conflictos políticos aparecen como resistencia a un antiguo santanderista convertido en marquista, a quien sus antiguos copartidarios consideran traidor y perseguidor de su grupo original, sobre todo cuando empieza a nombrar antiguos bolivarianos y urdanetistas en algunos puestos públicos.³²

Este resentimiento de la región santandereana se enmarca en el contexto previo de la guerra, especialmente en la relación con las posiciones tomadas frente a la dictadura de Urdaneta, que va a jugar un importante papel en la definición política. La persecución de Obando y otros santanderistas radicales a los antiguos bolivarianos y urdanetistas creó un ambiente de resentimiento, que aumentaría aún más con el estilo represivo de Santander y sus seguidores hacia la conjuración de Sardá, cuya ejecución extrajudicial sería usada por los enemigos de Santander contra los rebeldes del Sur en la discusión sobre la represión del gobierno de Márquez. En el fondo, se podría concluir que la Guerra de los Supremos expresaba la lucha por la definición de quiénes eran los "verdaderos patriotas", los únicos que tenían derecho a participar de la burocracia estatal, tanto en lo nacional como en lo regional y local. La resistencia de quienes luchaban contra las dictaduras de Bolívar y Urdaneta a dejar participar a los llamados "santuaristas" en el gobierno de Márquez es el contexto general que

31 Gustavo Bell Lemus. *Op. cit.*

32 Véase el periódico *La Bandera nacional*, de Bogotá, en sus ediciones 1, octubre 22 de 1837; 4, diciembre 12 de 1837; 6, noviembre 26 de 1837; 43, agosto 5 de 1838. Edición facsimilar del Banco de la República, Bogotá, 1991.

explica el carácter nacional de la guerra, las motivaciones de las rebeliones de Antioquia y El Socorro, y la articulación de los supremos González, Córdova, Vezga y Obando. Estas diferencias y rivalidades entre regiones, subregiones y localidades —y sus respectivos caudillos y familias— que recogen otras tensiones sociales, explican tanto la expansión de la guerra como la derrota de los jefes rebeldes.

Por otra parte, uno de los resultados más notorios de la guerra fue el surgimiento y consolidación de los imaginarios políticos, contrapuestos en un juego de imágenes y contraimágenes, que servían para la identificación de los amigos y la estigmatización del enemigo. Este es el aporte más importante de la investigación sobre las palabras de la guerra:³³ la figura de Obando como héroe perseguido y trágico, para algunos; o villano faccioso que quiere evadir el juicio por el asesinato de Sucre, para otros, se convierte en el centro de la explicación de la guerra como resultado del complot del enemigo. Con ella se producen dos narraciones paradigmáticas que buscan explicar la guerra: para unos, Obando se rebela contra el gobierno para escaparse de la justicia, sin ningún reparo en bañar de sangre el país con tal de salvarse del deshonor;³⁴ para otros, es la víctima de una intriga palaciega y criminal que recurre a la calumnia de la responsabilidad por el asesinato de Sucre para eliminarlo de la competencia política. Al igual que la figura de Mariano Ospina Rodríguez como el villano inspirador de las medidas represivas del régimen de los doce años, el *Richelieu* que gobierna detrás del presidente Herrán, el “Torquemada vestido de uniforme”, un personaje aparentemente secundario. Ospina es el antihéroe de Samper, quien lo dibuja con todos los rasgos negativos, aunque reconoce que es un hombre probo y honesto, que no se lucra con el poder, pero provinciano y falto de mundo; un notable local con horizontes de corto alcance, totalmente equivocado acerca de las tendencias del siglo y de la sociedad; encarnación del mal, sofista, reaccionario y tartufo, calculador, mesurado y frío, representante de las tradiciones del pasado, que buscaba apoyo en “las clases privilegiadas y egoístas, cuyo ideal era ‘la sombría figura del inquisidor y del jesuita’”.³⁵

La identificación de Ospina con los Jesuitas buscaba hacerlo aparecer como la representación más acabada del mal en la república, cercano a las teorías políticas de

33 María Teresa Uribe de Hincapié *et al. Op. cit.*, tomo I: La Guerra de los Supremos 1839-1842, “La guerra como relato trágico. El héroe y el villano”, pp. 173-204.

34 Joaquín Posada Gutiérrez. *Memorias histórico políticas*. Medellín, Bedout, 1971, p. 115.

35 José María Samper. *Apuntamientos para la historia de la Nueva Granada. Desde 1810 hasta la administración del 7 de marzo*. Bogotá, Imprenta El Neogranadino, Edición facsimilar, 1858, pp. 241, 247, 252, 344, 352, 353.

Felipe II y Rodríguez Francia, y expresión de la gran tragedia nacional del régimen de los doce años.³⁶ Por eso, Samper concluye su relato de la Guerra de los Supremos con una requisitoria contra Ospina por haberse atrevido a traer al suelo de la patria "ese nefando apostolado de la abyección y del delirio, de la impiedad y la mentira, del espionaje y de la delación, de la infamia consumada en todas sus formas posibles, en la degradación del alma, del corazón y del entendimiento [...]". Se pregunta cómo pudo "insultar a las sociedades y a la historia", violando el santuario de la patria con la introducción de esa "epidemia viviente del cristianismo, escondida bajo la sotana de Loyola".³⁷

5. La revolución conservadora de 1851: polarización política y debilidad militar

La requisitoria anterior prelude el clima polarizado que caracteriza los inicios y el desarrollo de las reformas de la llamada Revolución Liberal de mediados del siglo XIX, que produciría como reacción la Revolución Conservadora de 1851. En ese ambiente polarizado, los escritores liberales leen los doce años de los gobiernos ministeriales o protoconservadores desde el mito antijesuita, mientras que los conservadores, como Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro, asumen las reformas liberales y la movilización política de los artesanos por parte de los jóvenes liberales de entonces desde el mito antijacobino.³⁸ El uso del mito antijesuita es evidente en el esfuerzo de los jóvenes liberales para movilizar a los artesanos y a las sociedades democráticas en pro de la expulsión de los Jesuitas y contra su presencia en la educación. La lectura pública de folletines que recogían las imágenes de las obras de Sue, Dumas y Hugo constituyó una motivación emocional mucho más fuerte que la discusión lógica de los liberales como Samper y los argumentos legales en la prensa del momento, y produjo una real transformación de la manera en que eran percibidos y del peligro político que representaban para los liberales, mucho más allá de las posibilidades reales que tenían; además, estas lecturas tuvieron bastante capacidad evocativa para conmover auditorios en las sociedades democráticas. La imagen del Jesuita virtual, del Judío Errante de Sue resultaba más convincente que los argumentos concretos contra la entrega de la educación a los Jesuitas, provenientes de la España de entonces.

36 María Teresa Uribe de Hincapié *et al.* *Op. cit.*, pp. 207, 208.

37 José María Samper. *Op. cit.*, p. 376.

38 Fernán E. González. "El mito antijacobino como clave de lectura de la Revolución francesa". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 16-17, 1988-1990. Reproducido en: Fernán E. González. *Para leer la política.* *Op. cit.*

Por otra parte, la lectura complotista que hacen Ospina y Caro de la Revolución Liberal de mediados de siglo, a la luz de las revoluciones francesas de 1789 y 1848, se acerca mucho a la manera en que los exjesuitas Lorenzo de Hervás y Panduro y Agustín Barruel interpretaban la Revolución Francesa de 1789 como el resultado de la conspiración de las sectas anticristianas, francmasones y enciclopedistas.³⁹ Así, para José Eusebio Caro, las sociedades democráticas organizadas por los liberales *rojos* no eran sino “un remedo de los clubes franceses”, “una tosca miniatura del club de los jacobinos después de la Gironda”, transformados en fuerza de choque del liberalismo en las ciudades, movimiento al que convencieron de que eran “el pueblo soberano, es decir, la Nación”, que tenía derecho a asesinar a sus representantes si se oponían a la voluntad popular.⁴⁰

Para Ospina era claro que los miembros del *partido rojo*, tolerados o dirigidos por la burocracia oficial, profesaban las ideas del antiguo jacobinismo francés, pues se atrevían a presentarse como “los apóstoles del comunismo”, que es “la doctrina del robo aplicada a todas las propiedades, la proscripción del matrimonio, la comunidad de mujeres, la destrucción de la familia”; la barbarie de los brutos en sustitución de la sociedad civilizada. Por eso, el gobierno liberal, instrumento del *partido rojo*, tenía el propósito de hacer desaparecer todo principio religioso para propiciar el caos y la desmoralización de la sociedad, y socavar las bases de la civilización cristiana occidental. Esa desmoralización se evidenciaba en la expulsión de los Jesuitas, exigida por la camarilla roja y las sociedades democráticas, que significaba la violación de garantías individuales, de la tolerancia y la libertad de conciencia y enseñanza, y prefiguraba la violación del orden constitucional, de las libertades públicas y de los derechos ciudadanos; y también se hacía evidente en las publicaciones de la prensa liberal, que reproducía los discursos de Víctor Hugo contra la religión y los sacerdotes, y las opiniones de funcionarios públicos contra el Papa, el arzobispo y los Jesuitas.⁴¹

El tono complotista y el lenguaje de la conspiración se evidencia en los relatos de ambas partes. La narración que hacen los autores de los hechos refleja su

39 Javier Herrero. *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*. Madrid, Alianza Editorial, 1988, pp. 217, 218.

40 José Eusebio Caro. “El 7 de marzo de 1849”. *La Civilización*, 19-27, desde diciembre 13 de 1849 hasta febrero 7 de 1850. Reproducido en: Simón Aljure. *Escritos históricos de José Eusebio Caro*. Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1981.

41 Mariano Ospina Rodríguez. “Ojeada sobre los primeros catorce meses de la administración del 7 de marzo, dedicada a los hombres imparciales y justos”. Bogotá, Imprenta El Día, 1850. Citado por María Teresa Uribe de Hincapié *et al.* *Op. cit.*, tomo II: La Guerra del 7 de marzo, pp. 132, 133.

polarización política: cada relato es la negación absoluta del otro, pero con relación especular y de réplica hacia él. La lectura contrastada de estas narraciones es una importante contribución para la definición orgánica de las doctrinas de los partidos, como lo muestran María Teresa Uribe y sus colaboradores, y refleja la transición de las sociabilidades políticas difusas de la Guerra de los Supremos hacia formas políticas más organizadas con programas explícitos, jefaturas y representaciones en regiones.⁴² Por eso la elección presidencial de López va a ser leída como un acontecimiento fundacional de ruptura política y punto de inflexión entre el orden y el caos, lo viejo y lo nuevo, que marcaría la historia política del país desde entonces.⁴³

En ese contexto de mitologías contrapuestas se enmarca el análisis de esta autora sobre las metáforas con las cuales los conservadores leyeron las reformas liberales de mediados de siglo, con énfasis especial en la movilización popular de los artesanos en apoyo de la candidatura liberal de José Hilario López.⁴⁴ La metáfora conservadora de "los puñales del 7 de marzo" evidenciaba principalmente los temores a la irrupción del pueblo en la vida política, que iría a marcar para siempre la mentalidad del Partido Conservador sobre la movilización popular de carácter espontáneo: la imagen violenta y tumultuaria del pueblo soberano despierta el temor a algo peligroso y anárquico que había abierto el camino del Partido Liberal al poder y garantizaba su permanencia en él, con exclusión absoluta del otro y riesgo para sus vidas y haciendas. Esa metáfora de "los puñales del 7 de marzo", usada por los conservadores, señalaba a los *rojos* como los portadores de aquellos puñales y asociaba las ruanas de bayeta roja de los artesanos con todos los diseños sangrientos y atroces de los verdaderos *rojos* de la última revolución de Francia. También insertaba la lucha política colombiana en el enfrentamiento entre cristianismo y materialismo socialista: el orden y la civilización son identificados con la causa religiosa, y el liberalismo con la demagogia anarquista que quiere la nivelación social y se le asocia con el principio materialista que proclama la ruina del cristianismo.⁴⁵

La misma idea de peligrosidad de los sectores populares, muestran los autores, aparece en la metáfora del zurriago, originariamente símbolo de la reacción popular contra la opresión de la oligarquía de Cali, que es transformado por la narración conservadora en la representación de los riesgos de la presencia de una movilización

42 *Ibid.*, pp. 27-31.

43 *Ibid.*, pp. 116-121.

44 *Ibid.*, pp. 122-138.

45 *Ibid.*, pp. 186-195.

popular organizada en la escena política, sin haber pasado antes por el tamiz de la civilización y la educación de acuerdo con los valores morales del cristianismo. Esas metáforas logran dar contenido nacional a hechos locales aislados: los desórdenes populares de Bogotá, Cali y Popayán sirven para asociar a los liberales *rojos* con el desorden social.⁴⁶

Pero las diatribas conservadoras se centran más en el Partido Liberal que en el presidente López, descrito como hombre débil, sin habilidad administrativa ni política, alcoholizado, manejado por un pequeño círculo y presionado por sociedades democráticas. El enemigo real eran los *rojos*, jóvenes liberales de clubes políticos y grupos populares organizados, que representaban el “poder de la camarilla” liderada por Murillo Toro, jefe indiscutido de ese “poder secreto y tenebroso”, no elegido ni responsable, por encima del Congreso y del presidente, que sustituía al orden legal convirtiendo el gobierno en instrumento de su voluntad omnimoda. En el relato conservador, un grupo informal sustituye las instituciones: la cúpula política del partido liberal *rojo*, calificado como jacobino para asociarlo con la Revolución Francesa de 1789 y 1848.⁴⁷

El uso metafórico de los relatos históricos de Francia y Venezuela no busca proyectar la imagen del enemigo realmente existente de los liberales reformistas y secularizantes, sino una imagen virtual que los asociaba con los socialistas imitadores de jacobinos franceses de 1789 y 1848, con los monaguistas venezolanos y con los mazorquistas argentinos. La referencia a los liberales como socialistas niveladores, anticlericales, proclives al robo y a la violencia se usaba para proyectar la imagen del desorden popular y del aumento de la delincuencia, y crear sensación de inseguridad, caos y desgobierno. Se busca la mezcla verbal de la imagen virtual del enemigo público con la del privado para difundir la idea de las “gentes de casaca”, según la cual “los de ruana” eran peligrosos.

En ese sentido, los autores señalan el giro moral que toma la diatriba conservadora: este lenguaje de la moral como fundamento del orden político va a ser el parteaguas de los dos republicanismos mestizos de los dos partidos nacientes.⁴⁸ El partido *rojo* representaría la inmoralidad y el gobierno de López, el instrumento de la desmoralización. Así, los alzamientos no se justifican por el rechazo a la agenda reformista o a la gestión de asuntos públicos, sino por la desmoralización de la sociedad, propiciada por los *rojos*: una “pandilla organizada y hostil al resto de la sociedad”. Se hablaba de

46 *Ibid.*, pp. 195-200.

47 Mariano Ospina Rodríguez. *Op. cit.*

48 María Teresa Uribe de Hincapié *et al. Op. cit.*, tomo II: La Guerra del 7 de marzo.

desmoralización y abolición del culto por leyes inicuas para abrir paso al socialismo de Proudhon y Saint Simon. Esta desmoralización de los *rojos* aparece ligada a los intentos de movilización política de los sectores populares, cuya irrupción en la vida pública se presentaba asociada al desorden.

Por eso, era riesgoso incluir a "los de ruana" en el cuerpo de la nación antes de que pasaran por el tamiz de la civilización cristiana. Así, se buscaba imponer la lógica religiosa al poder civil, como única opción política viable para mantener el orden y la civilización, *ethos* jurídico y ético del Estado; lo que dejaba a la ciudadanía ligada a la pertenencia a una comunidad de origen y a una comunidad de creyentes. Los derechos individuales quedaban subordinados a la moral privada, que entraba en el ámbito público; además, la neutralidad religiosa del aparato público, la separación del poder civil y espiritual, y la secularización del Estado se consideraban atropellos a la conciencia e instrumentos de poder despótico.⁴⁹

En su acápite sobre metáforas que pueden matar, los autores anotan con razón que en esta guerra son los partidos los que representan los caracteres éticos del bien y del mal. El uso de estrategias narrativas como el género panfletario y las metáforas generalizadas obedecía a la dificultad que tenía la mayoría del público, analfabeta o semianalfabeta, para captar los programas de los partidos como comunidades imaginadas. El gran despliegue de la metáfora permitía captar imaginariamente el contenido discursivo y elaborar referentes básicos para la acción y el discurso político, sin necesidad de un respaldo argumental amplio. Se eliminan las ambigüedades y complejidades para crear una imagen unívoca capaz de evocar relaciones y emociones para la acción política y la movilización de públicos heterogéneos, no muy ilustrados.⁵⁰

Los autores terminan su análisis contrastando la gran fuerza evocadora de esas metáforas conservadoras con la debilidad de las referencias abstractas de los liberales al jesuitismo, la aristocracia, el absolutismo y los "religioneros". Esa fuerza evocadora se manifiesta en la movilización conservadora a una guerra sin esperanzas de triunfo.⁵¹ Sin embargo, llama la atención el hecho de que estas metáforas tan exitosas para señalar a los liberales no logren una movilización política amplia ni un levantamiento armado organizado, sino una serie de incidentes descoordinados, con escasos recursos militares y liderados por civiles sin experiencia militar.

49 Eusebio Borrero. "Proclama". *La estrella de Occidente*, 253, julio 10 de 1851. Citado por: María Teresa Uribe de Hincapié *et al. Op. cit.*, tomo II: La Guerra del 7 de marzo, pp. 100-102.

50 *Ibid.*, pp. 184-186.

51 *Ibid.*, pp. 199, 200.

La pregunta es por qué no se levantaron los jefes que tenían experiencia militar y recursos, por qué la desorganización y descoordinación. El hecho de que la rebelión fuera civil y desarmada indicaría una previa división del conservatismo, que no acompaña masivamente a la revuelta. Los goristas, conservadores moderados, prefirieron votar por López y no por Cuervo, así que la elección de López se produjo gracias a la división del partido en el poder frente a las reformas de Mosquera. El carácter inicialmente bipartidista del gobierno de López, con participación de algunos goristas, sería un motivo para sospechar que el conservatismo estaba lejos entonces de ser una fuerza homogénea.⁵² El hecho de que el gobierno no hubiera podido demostrar que Ospina había sido el cerebro de las revueltas podría interpretarse en la misma dirección. Los grandes caudillos de tipo personalista como Mosquera y Herrán desaparecen de la escena, y la rebelión es encabezada por personajes militarmente secundarios. Al parecer, desde entonces Mosquera comienza a separarse del Partido Conservador y a pensar en un tercer partido.

Este contraste entre la polarización ideológica de los discursos y la debilidad militar de los rebeldes hizo que el enfrentamiento fuera de carácter más partidista que militar: la mayoría de sus protagonistas fueron civiles armados, congresistas, periodistas, curas, notables locales sin mayores conocimientos militares como Sergio y Julio Arboleda, Mariano y Pastor Ospina, Pedro Antonio Restrepo, Manuel Canuto Restrepo, José María Solano y los Caicedo. Esta situación explica la desorganización de los levantamientos y la facilidad con que fueron reprimidos. Las acciones solo duraron tres meses, entre julio y octubre de 1851, y los levantamientos se llevaron a cabo cuando los gobernadores conservadores que quedaban en las provincias fueron sustituidos y el liberalismo alcanzó la mayoría en las elecciones provinciales. En consecuencia, la narración de la guerra se centra en la existencia de dos rebeliones regionales, en Antioquia y en el Cauca, con motivaciones muy distintas, acompañadas de una serie de disturbios locales en otras regiones, bastante insignificantes y carentes de peligrosidad, que fueron formados por algunos como un complot orgánico de un Partido Conservador liderado por el cerebro de Ospina.

Las motivaciones en el Cauca tenían que ver con los problemas de la indemnización por las manumisiones y las invasiones populares de los ejidos de Cali, también con las invasiones de las haciendas de los conservadores, las quemas de haciendas, el robo de ganado, la huida masiva de los esclavos, el zurriago y el perrero. En cambio,

52 Jay Robert Grusin. *The revolution of 1848 in Colombia*. Disertación doctoral inédita, University of Arizona, 1978. Véanse especialmente los capítulos: "New forces triumphant: López comes to power" y "Conservatives under López: political and military opposition and ideological struggle".

en Antioquia el descontento tenía que ver con el reordenamiento territorial que buscaba fortalecer la representación de las provincias liberales como Antioquia (Santa fe), Córdoba y Rionegro, para debilitar el peso electoral del conservatismo y cambiar la correlación de fuerzas en el Congreso. Pero el levantamiento conservador es rápidamente sojuzgado en dos meses y medio.

Esta anotación podría llevar a matizar la importancia de los discursos y narraciones como estrategias de guerra, para enmarcarlas en un contexto más amplio que tenga en cuenta la coyuntura política del momento, los equilibrios y desequilibrios de fuerzas, las redes locales y regionales de poder que podrían vincularse o no a un levantamiento y las posiciones de los principales jefes; también serviría para señalar, consiguientemente, la heterogeneidad interna del Partido Conservador. Hay que anotar, de nuevo, que el discurso moral encubre posiciones diversas dentro del Partido Conservador; por ejemplo, es muy distinto el conservatismo antioqueño del caucano, pues para el primero la liberación de esclavos no era un problema.

El papel del clero tampoco era tan fuerte en la Antioquia de entonces: al parecer, los antioqueños se mueven más contra la división de la provincia, motivada por razones electorales y miedo al desorden social dada la presencia de las clases subalternas en la vida social y política. Este imaginario conservador es más anticomunista que antiliberal: las connotaciones sociales del mito jacobino indicarían que el problema tiene que ver más con el ascenso social y político de masas que con las ideas del liberalismo. La asimilación de los liberales con el comunismo y anarquismo de entonces implicaría que el problema no se relacionaba tanto con las posiciones liberales sobre el librecambio, el Estado leseferista y la liberación de esclavos —que no eran diferentes de las conservadoras—, como con el problema de la movilización política y social de las clases subalternas. Este último punto se asocia con el desorden social: las críticas a los niveladores sociales y a las violaciones al derecho de propiedad, junto con las tensiones en torno al papel de la Iglesia, serían los puntos de disenso entre los dos partidos.

Sin embargo, la contraposición de estos dos discursos muestra que ya se han consolidado dos lecturas que dan diferentes sentidos a la historia colombiana, como dos especies de subculturas políticas mutuamente excluyentes que permiten articular identidades locales y regionales igualmente contrapuestas. Por ejemplo, como se observa en la investigación sobre las palabras de la guerra, las razones aducidas por Julio Arboleda para levantarse en el sur del país no se ocupan de hechos puntuales sino de la violación que hizo el gobierno de López de la virtud republicana y del contraste entre la baja condición social de los enemigos, su carencia de tradición y su carácter de recién llegados a la política, con la condición de sus amigos y seguidores,

caracterizados por la pureza de sangre, su compromiso con la fundación de la república, sus títulos nobiliarios, virtudes y sacrificios. Desde esa superioridad moral y social desarrolla tres argumentos contra el gobierno, salpicados de referencias históricas, filosóficas y literarias en torno a la virtud, la propiedad y el saber: los que atenten contra ellos, como ha hecho el gobierno *rojo*, son tiránicos, usurpadores y déspotas. Por eso, el liberalismo es indigno y moralmente incompetente para dirigir la nación. Así, su lenguaje republicano centrado en la tradición y virtud alude al derecho de la sangre y la nobleza para dirigir la nación, frente a las pretensiones de los recién llegados al *corpus* político. Además, la virtud ciudadana solo puede sostenerse en la religión, pues un pueblo incrédulo puede gobernarse únicamente por la fuerza. Arboleda no defiende la esclavitud de manera filosófica, sino indirectamente, por la vía de la defensa de la propiedad privada; y el lenguaje del despojo por medio de las leyes, los reclamos por los atropellos contra los bienes de la Iglesia, la quema de haciendas, la ruptura de cercas y los saqueos.⁵³

Ese artículo de Arboleda fue respondido por el presbítero liberal, Manuel María Alaix, que parte del recuento de los atropellos tiránicos del “régimen de los doce años” para defender el ideario liberal en el cual se refleja la virtud, el saber y la propiedad.⁵⁴ Pero la mejor versión de la contraparte liberal podría estar representada por el panfleto del gobernador Ramón Mercado,⁵⁵ escrito a petición de Murillo Toro para desvirtuar las afirmaciones conservadoras sobre los desmanes del pueblo liberal durante su administración como gobernador del Cauca, que eran usadas para calificar al gobierno liberal como tiránico, inmoral, proclive al delito y tolerante con excesos populares. La defensa de Mercado se inicia con la justificación del derecho a la rebelión de los pueblos oprimidos frente a una oligarquía despótica que habría mantenido a los sectores populares de la provincia privados de sus derechos fundamentales y de toda libertad ciudadana. Mercado acusa a la oligarquía caucana desde el discurso de los socialistas franceses de 1848, narrando en tono poético los abusos de los esclavistas, los rasgos feudales de la propiedad, la represión ejercida por las autoridades conservadoras anteriores sobre el pueblo, la participación del

53 Julio Arboleda. *A los señores editores de la Gaceta Oficial, el Neogranadino y El Conservador*. Popayán, noviembre 4 de 1850, Biblioteca Nacional, Fondo Pineda, 1850. Citado por: María Teresa Uribe de Hincapié *et al.* *Op. cit.*, pp. 4, 5, 160.

54 Manuel María Alaix. “A Julio Arboleda”. 16 de diciembre de 1850. Fondo Pineda, Biblioteca Nacional. Citado por: María Teresa Uribe de Hincapié *et al.* *Op. cit.*, p. 5.

55 Ramón Mercado. *Memorias sobre los acontecimientos del sur, especialmente en la provincia de Buenaventura, durante la administración del 7 de marzo de 1849*. Bogotá, julio 20 de 1853. Citado por: María Teresa Uribe de Hincapié *et al.* *Op. cit.*, p. 155.

clero en la sumisión y el sometimiento del pueblo. La revolución de la independencia habría dejado de lado la revolución social, que era necesario hacer por medio de la presencia beligerante de los sectores populares en los escenarios públicos, asunto intolerable para la oligarquía caucana que quería mantener sus privilegios. En el panfleto se describen asonadas y desórdenes, y la manera como se afrontaron, sin negar los excesos de las sociedades democráticas, como el uso del perrero o zurriago y la quema de haciendas; pero culpa de ellas a la intransigencia de los propietarios, a los discursos incendiarios de la oposición en la prensa y en la sociedad popular, al régimen de "los doce años" y a los caudillos caucanos de la oligarquía conservadora, como Mosquera, Herrán y Borrero.

Como señalan María Teresa Uribe y sus colaboradores, el carácter de estos textos es muy diferente a los de la Guerra de Supremos: del tono descriptivo, en primera persona, se ha pasado a un tono retórico, argumentativo, impersonal, de debate político y panfletario, sin abandonar del todo el tono poético y metafórico. La controversia se ha agudizado pero ya no entre protagonistas individuales sino entre colectividades políticas partidistas contrapuestas, que enuncian tesis y discursos diferentes para explicar los mismos hechos e ir tejiendo "la historia dual de la nación". En una década se había producido un deslizamiento de memorias a discursos, del tono personal al enfoque partidista, del relato al panfleto, de confusión entre palabra y sangre; que expresa un *continuum* entre guerra y política.⁵⁶ Ya se han conformado dos comunidades imaginadas contrapuestas, basadas en la mutua descalificación y exclusión, diferenciadas por la relación con el papel de la religión e Iglesia católicas en la sociedad y la posición frente a la movilización de las clases populares. Esta conformación significa que la comunidad imaginada no se identifica con la totalidad de la población nacional sino con la de los copartidarios: la identidad partidista es una comunidad política escindida, que articula identidades locales y regionales igualmente escindidas y contrapuestas.

6. La Guerra Artesano-militar de 1854: la reacción de los jefes tradicionales contra el golpe de Melo

Aquella posición favorable del liberalismo frente a la organización y movilización de los artesanos y miembros de las sociedades democráticas se modificaría radicalmente cuando esta movilización amenaza su poder en la guerra de 1854, ligada al golpe de Estado del general José María Melo y al ascenso al poder del sector draconiano en cabeza del también general José María Obando, quien antes había sido

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 10, 11.

el héroe trágico de los liberales. En contraste con lo ocurrido en la guerra de 1851, el ascenso de estos militares y artesanos al poder iba a suscitar el compromiso de los grandes jefes militares de ambos partidos, que depondrían sus rivalidades para enfrentar conjuntamente al gobierno de Melo. Y el resultado de la guerra sería la renuncia o reticencia de los liberales radicales a todo intento de organización y movilización de los sectores populares.

Como resultado de esta guerra, los liberales terminaron por contagiarse del miedo al pueblo, característico del Partido Conservador. Los prohombres del radicalismo se mostraron muy reticentes a seguirse apoyando en las sociedades democráticas, como se evidencia en la respuesta de Felipe Pérez al general Julián Trujillo, que le proponía volver a la organización política del pueblo: ese tipo de núcleos políticos condujeron a los hechos del 17 de abril de 1853 y produjeron desavenencias intestinas y alarmas terribles en nuestra vida política, que degeneraron en “escándalos sangrientos” e hicieron imposible la quietud y la armonía. Para mantener la unidad y la fuerza del Partido Liberal, concluye Pérez, solo necesitamos “una fe ciega en los principios”.⁵⁷

La anterior situación ha hecho que esta guerra haya sido normalmente soslayada por la historiografía tradicional, que no la considera propiamente una guerra civil sino una dictadura militar de un personaje oscuro,⁵⁸ aunque hoy se nota algún interés por la presencia de artesanos y sociedades democráticas, pero la guerra misma se estudia muy marginalmente y el interés se centra más en las acciones políticas y discursivas que la acompañaban, como la división liberal entre gólgotas y draconianos. Sin embargo, tanto Germán Colmenares como Francisco Gutiérrez Sanín han presentado una visión de los acontecimientos que muestra la complejidad del contexto social y político del momento, la importancia del discurso plebeyo ampliamente documentado y las diferencias regionales y locales del movimiento.⁵⁹

En este aspecto, el principal aporte del análisis de María Teresa Uribe y su grupo reside en la caracterización de la guerra como un conflicto en torno a la inserción de los sectores subalternos en la vida política y no solo un mero enfrentamiento entre facciones del Partido Liberal, gólgotas y draconianos, como pretende la historiografía

57 Citado por: Fabio Zambrano. “Documentos sobre sociabilidad política en la Nueva Granada a mediados del siglo XIX”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 15, 1987.

58 María Teresa Uribe de Hincapié *et al.* *Op. cit.*, tomo III: Guerra Artesano-militar, p. 1.

59 Véanse: Germán Colmenares. *Partidos políticos y clases sociales*. Bogotá, Universidad de los Andes y Editorial Revista Colombiana, 1968; Francisco Gutiérrez Sanín. *Curso y discurso del movimiento plebeyo, 1849-1854*. Bogotá, IEPRI y El Áncora Editores, 1995.

tradicional.⁶⁰ Y otro aporte importante es que presentan esta guerra como el conflicto entre dos modelos de orden político: un orden constitucional, la idea abstracta y general del Estado de derecho, defendido por la alianza entre conservadores y gólgotas y basado en principios universales de organización social; contra un orden societal, la idea del Estado justo, impulsado por una dictadura popular y particularista, que pretendía la inclusión política autónoma de las masas populares por la convocatoria a una convención de los grupos excluidos.⁶¹ Por eso, sostienen los investigadores, la trama de esta guerra como verdadera revolución se construye sobre la dicotomía pueblo-oligarquía, donde se enfrentan una visión elitista y modernizante de la legitimidad política y la comprensión plebeya y particularista de la identidad nacional.⁶²

En ese sentido, la revolución de 1854 muestra las contradicciones y consecuencias inesperadas de la movilización instrumental del pueblo y rompe el consenso inicial sobre la legitimación popular del poder: ahora tanto liberales como conservadores coinciden en que el pueblo no está "preparado" para la democracia, lo que lleva a la consolidación de una alianza provisional gólgota-conservadora, en defensa de la constitución y de principios universales de organización social contra la aparición del pueblo en la escena pública, en nombre de un modelo de ciudadanía social que corregía carencias de la ciudadanía como *status*, formulado por el lenguaje liberal de los derechos. Pero es una alianza difícil, cruzada por mutuas desconfianzas y rivalidades entre antiguos adversarios que aspiran al mando, lo cual dificultaba una estrategia común.⁶³

En ese contexto, los autores presentan las figuras de Melo y Obando en medio de las tensiones crecientes entre las sociedades de artesanos y los congresistas liberales, que reflejaban los intereses contradictorios de proteccionistas y librecambistas y las desconfianzas mutuas entre los dos grupos: por un lado, los artesanos se sentían engañados y utilizados; por el otro, los jóvenes liberales percibían al pueblo como peligroso, proclive al desorden y manipulable por demagogos. Esta contraposición coincidía en parte con la división liberal, pero la desbordaba, pues reunía a todos los descontentos con el reformismo gólgota: militares, clérigos, viejos liberales santanderistas, partidarios del centralismo y del proteccionismo que desconfiaban de utopías e influencia extranjera, además de las diferencias generacionales. Este contraste se expresaba en el clima general de hostilidad entre "las gentes de casaca" y "las gentes

60 María Teresa Uribe de Hincapié *et al.* *Op. cit.*, pp. 25-28.

61 *Ibid.*, pp. 147-160 y 177-179.

62 Francisco Gutiérrez Sanín. *Op. cit.*, pp. 63 y ss.

63 María Teresa Uribe de Hincapié *et al.* *Op. cit.*, pp. 71-90.

de ruana”. En ese contexto se enmarca la postura de Obando frente a la constitución de 1853, con la que discrepaba en asuntos fundamentales como la abolición o disminución del ejército permanente, la elección popular de gobernadores, el sufragio universal y secreto, y la separación entre Iglesia y Estado. Tampoco estaba de acuerdo con la ley de matrimonio civil, que firma a regañadientes, y criticaba a niveladores y socialistas. Había rumores de que Obando no sancionaría la nueva constitución, que los gólgotas la impondrían a la fuerza, que él asumiría la dictadura y se desencadenaría la guerra civil.⁶⁴

Otro aporte significativo de los autores es el estudio de los apoyos regionales en diversas provincias, como el Cauca, donde Obando tenía simpatías: sectores populares de indios y viejos guerrilleros, algunos clérigos liberales como Manuel María Alaix, tesorero de la catedral, y Teodoro Sandoval; draconianos, guardias nacionales, artesanos de Cali y pobladores de Quilichao. Lo mismo que algunas provincias de la Costa Atlántica como Cartagena y Sabanilla, donde los gobernadores eran obandistas (Juan José Nieto y Pedro Mártir Consuegra) y tenía el apoyo popular de los negros de Getsemaní y de las sociedades democráticas. En Antioquia, en Rionegro y Sopetrán se producen levantamientos melistas, y en las provincias de Santander hubo pronunciamientos en Piedecuesta, El Socorro y Bucaramanga.⁶⁵

También es interesante el análisis del personaje de Melo, visto tradicionalmente de manera tan contradictoria, y de su discurso legitimador de la guerra desde el realismo político de una situación que la hacía inevitable. Para Melo, el poder del gobierno provisional se autolegitimaba si el fin era restablecer el orden y regenerar la nación; su justificación del golpe de Estado se basa en la necesidad de derogar el orden legal de la Constitución de 1853 con el propósito de convocar una convención nacional que restableciera el orden natural e histórico, amenazado por la acción de las nuevas instituciones.⁶⁶

También es importante señalar la manera como los autores destacan el lenguaje de identidad de los rebeldes: no bastan narraciones abstractas de ciudadanía y derechos para crear identidad radical y plebeya, sino que sus relatos se dedican a fustigar el egoísmo de los ricos, su carencia de sentimientos patrióticos y la precariedad de las tesis librecambistas que mostraban ausencia de conciencia nacional. Frente al republicanismo homogeneizante y universalista se construye un discurso de identidad como “soldados de la libertad”, “pobres”, “redentores” y defensores de la

64 *Ibid.*, pp. 29-40.

65 *Ibid.*, pp. 53-79.

66 *Ibid.*, pp. 113-119 y 185-192.

industria nacional, con una retórica del desengaño frente a la igualdad abstracta de los derechos, que acentuaba el derecho a la diferencia contra el discurso atomístico del liberalismo que no reconocía lazos de identidad comunitaria y societal.⁶⁷

Sin embargo, estos discursos de identidad no eran fáciles de construir, dado el carácter paradójico de las alianzas de lado y lado. La candidatura de Obando expresaba un acercamiento al clero liberal y a los artesanos, a quienes ofrecía derogar las reformas legales que los perjudicaban, con un lenguaje unificador del orden societal perturbado por las reformas que estaban destruyendo el edificio social del país. Obviamente, señalan los autores, esta formulación en torno a la preservación del orden natural de sociedad, a la vez orden histórico y político, era más cercana al conservatismo de Ospina, Arboleda e Ibáñez; lo mismo que la convocatoria melista a favor del orden, la disciplina y el respeto a la propiedad y al clero, junto con el rechazo a principios desorganizadores, que aluden a desórdenes en el Valle del Cauca. Esta redefinición de identidades significaba el abandono de principios identitarios que les había permitido autonomía social y la adopción del lenguaje del orden de la diatriba conservadora de 1849-1851. A medida que avanza el conflicto, se hace mayor énfasis en el lenguaje del orden y menor en los principios liberales, aunque tratan de mantener distancia frente a gólgotas y conservadores.⁶⁸

Así, las críticas de militares y artesanos contra las reformas de 1853 se acercan a las de los conservadores en la guerra anterior: era una reforma loca impulsada por energúmenos gólgotas, que debería ser acompañada para no descomponer la sociedad en "el crisol de las embelesadoras utopías modernas", sino introducir poco a poco mejoras útiles y necesarias. Las reformas radicales estarían poniendo en peligro el orden natural de la sociedad por principios utópicos, desorganizados y anárquicos; el desorden social provenía del orden jurídico, cuyas instituciones producían desorden y desorganización. Frente a este desorden propiciado por la ley, ellos oponían la idea de orden natural e histórico, que mantiene cohesionada la sociedad, unificado el poder y en pie el edificio de la república. Este orden debe ser preservado, incluso con armas, pues el desorden propiciado por la nueva constitución alentaba revoluciones y trastornos en las provincias.⁶⁹

Esta alianza hacía difícil la definición clara del enemigo, ya que el lenguaje clasista contra los oligarcas resultaba incómodo para draconianos y curas. La moderación de este lenguaje contrasta con la presentación de los gólgotas como promotores de

⁶⁷ *Ibid.*, pp. 95-101.

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 139-147.

⁶⁹ *Ibid.*, pp. 179-181.

la anarquía, como románticos políticos, cabezas calientes, partidarios de la propagación de incredulidad e irreligión, funcionarios públicos jóvenes sin experiencia, que buscaban la libertad para calumnias y la comunidad de mujeres, que consideraban la propiedad como un robo. El uso de las metáforas de conservadores en 1851 moderaba las referencias a ellos, eventuales aliados, cuyo lenguaje del orden comparten: no entienden cómo pueden hacer causa común con gólgotas.⁷⁰

Obviamente, la apelación a ese orden procedente de la naturaleza y de la tradición histórica podría servir para justificar muchas tendencias autoritarias, como las dictaduras de Bolívar y Urdaneta, el proyecto restaurador de Ospina Rodríguez, la Regeneración de Núñez y Caro, y la reforma constitucional de Laureano Gómez. La referencia a un orden previo, sea natural o histórico, hace imposible el concepto de política moderna como construcción colectiva e histórica del orden social, porque obliga necesariamente a considerar enemigo absoluto a todo el que discrepe de la propia posición. La política se vuelve así una cruzada contra el mal o una mera administración pública para realizar el bien común que ya se conoce.

A manera de conclusión

En resumen, concluyen los autores, la Guerra de 1854 es una guerra más confusa que las anteriores, difícil de comprender incluso para sus protagonistas, pues superpone rupturas diversas, políticas y sociales. Obando era el eje aglutinante y diferenciador de diversas fragmentaciones políticas, socioculturales, institucionales y territoriales que venían desde 1848; y a la vez representaba el punto de convergencia y diferencia de sectores diversos de sociedad y de su partido. En torno suyo aglutinaba, como héroe trágico y vilipendiado, a las gentes del común —artesanos, militares y liberales santanderistas, viejos liberales o draconianos, indios, negros y plebeyos— como figura simbólica de la inclusión social y de las reivindicaciones postpuestas de los artesanos desengañados de sus maestros de las sociedades democráticas que tenían el sentimiento de haber sido utilizados para la elección de López y la guerra de 1851. Pero Obando también era vilipendiado por las élites, con una historia personal dramática, y agrupaba en su contra a gólgotas, conservadores, cachacos y antimilitares, que se reúnen en una alianza paradójica, con reacomodamientos confusos que fueron definiendo dos campos opuestos, aunque en ellos subsistían marcadas diferencias ideológicas y programáticas.⁷¹

70 *Ibid.*, pp. 149-151.

71 *Ibid.*, pp. 123, 124.

Por eso, no es raro que en 1855 se haya disuelto ya la alianza constitucional y se produzca el acercamiento de gólgotas radicales a obandistas y melistas para ir juntos a elecciones en 1856, en contra del autoritarismo del vicepresidente Mallarino. Por eso, el capítulo de la guerra de 1854 se cierra con el olvido: nadie quería volver a hablar de ella y se le veía como un golpe de Estado que había interrumpido momentáneamente el orden constitucional continuo, pues ya los liberales radicales y draconianos se habían unido en torno de la candidatura de Murillo Toro y los conservadores alrededor de Ospina Rodríguez, con la pérdida de espacio político para militares, la vuelta a la invisibilidad del movimiento plebeyo y a la intermediación de los partidos tradicionales.⁷²

Esta intermediación de los partidos se veía marcada, desde entonces, por una actitud reticente frente a los intentos de organización y movilización políticas de los sectores populares, de carácter autónomo, que ha sido caracterizada por algunos autores como "miedo al pueblo". Esa reticencia, que había caracterizado inicialmente solo al Partido Conservador, aparece ahora también en el Liberal, como se evidencia en la respuesta del liberal radical, Felipe Pérez, a la propuesta del general Julián Trujillo de revitalizar las organizaciones populares del Partido Liberal. Así, ambos partidos se van a configurar como confederaciones de redes de poder y comunidades políticas contrapuestas, que articulan regiones y territorios, con las respectivas identidades locales y regionales, pero con una legitimación electoral basada en la inserción subordinada de los sectores populares.

⁷² *Ibid.*, p. 205.